

LA LITERATURA CENTROAMERICANA

Visiones y revisiones

Edited by
Jorge Román-Lagunas

The Edwin Mellen Press
Lewiston/Queenston/Lampeter

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

This book has been registered with The Library of Congress.

ISBN 0-7734-9082-5

Memoria del Primer Congreso Internacional de Literatura Centroamericana.
Granada (Nicaragua), 24-26 de Febrero de 1993. Auspiciado por el Instituto
Nicaragüense de Cultura y The Florida State University.

A CIP catalog record for this book
is available from the British Library.

Copyright © 1994 The Edwin Mellen Press

All rights reserved. For information contact

The Edwin Mellen Press
Box 450
Lewiston, New York
USA 14092-0450

The Edwin Mellen Press
Box 67
Queenston, Ontario
CANADA L0S 1L0

The Edwin Mellen Press, Ltd.
Lampeter, Dyfed, Wales
UNITED KINGDOM SA48 7DY

Printed in the United States of America

La historia literaria en América Central

Seidy Araya

Magda Zavala

Esta ponencia se desprende de un estudio mayor sobre la producción de historias literarias nacionales en Centroamérica durante la segunda mitad del siglo XX, así como de la crítica de intención histórica.

El corpus de historias literarias de los distintos países de América Central que se han estudiado en esa investigación muestra varias constantes en su metodología y presupuestos teóricos. Igualmente, se observan diferencias básicas en la concepción y procedimientos. Todo ello, visto a la luz de las últimas búsquedas de los estudios literarios, nos arroja un cúmulo de desafíos si pretendemos superar los productos alcanzados hasta ahora.

El balance de constantes y diferencias de este universo de historiografía literaria se expone en los apartados siguientes: ideas estéticas y políticas, el concepto de literatura, el tratamiento de los géneros literarios, los procedimientos para la selección de autores y obras y la periodización escogida.

Hemos examinado las obras siguientes: *Desarrollo Literario de El Salvador* (1958) de Juan Felipe Toruño, *Historia de la Literatura Costarricense* (1957) de Abelardo Bonilla, *Panorama de la Literatura Nicaragüense* (1966) de Jorge Eduardo Arellano, *La Literatura Panameña. Origen y Proceso* (1970) de Rodrigo Miró, *Historia de la Literatura Guatemalteca* (1981-1986)

de Francisco Albizúrez y Catalina Barrios y *Literatura Hondureña y su Proceso Generacional* (1971) de José Francisco Martínez.

A. Ideas Estéticas y Políticas

En su *Desarrollo Literario de El Salvador* (1958), Juan Felipe Toruño diseña una historia literaria salvadoreña de cuño liberal, dado que reivindica el pasado precolombino visto como etapa cancelada, según es la tradición desde esta perspectiva. Del mismo modo, se ajusta a la cronología de la historia socio-política hasta fines del siglo XIX y destaca en ese marco el proceso independentista. Al asumir el presente, Toruño abandona esas coordenadas y se preocupa por despolitizar sus análisis, como parece sucederle a la mayoría de los liberales en la actualidad.

En el substrato de su reflexión estética y procedimientos se encuentran las ideas románticas: jerarquización de autores alrededor de una o varias figuras cumbres y la apelación a los datos biográficos; la importancia de la poesía sobre los demás géneros y el rechazo a las vanguardias que no se comprende como manifestación de filiación romántica. Estas ideas sobre las vanguardias parecen atenerse a una óptica más académica donde se privilegian las formas clásicas.

Abelardo Bonilla, por su parte, asienta sus reflexiones estéticas y políticas en su *Historia de la Literatura Costarricense* (1957) sobre posiciones fundamentalmente conservadoras por cuanto ignora el pasado precolombino, parte de la época colonial, aunque reconoce la poca documentación existente hasta entonces sobre ese período, y concibe el desarrollo literario y cultural como progresión hacia la emulación contextualizada de los modelos europeos. Sin embargo, modera tales posiciones al considerar para el siglo XIX las coordenadas sociohistóricas en lo que corresponde a la formación y consolidación del Estado nacional.

Las ideas estéticas de Bonilla corresponden al idealismo alemán, específicamente al método estilístico de Leo Spitzer y Karl Vossler, aplicado al estilo individual de los artistas y a la indagación sobre el espíritu nacional, que se objetiva en las lenguas y literaturas. Distingue entre autores cumbres y autores secundarios.

Jorge Eduardo Arellano en su *Panorama de la Literatura Nicaragüense* (1966) asume una opción conservadora más consecuente por su adhesión explícita a los valores hispánicos, grecorromanos y católicos. Sin embargo, su proximidad con la vanguardia poética (1927-33) lo conduce a adoptar la ideología del mestizaje y a interesarse por las culturas indígenas y populares; estos últimos aspectos probablemente se encuentran enfatizados por los procesos históricos nicargüenses de las últimas décadas. Arellano se ocupa más de las obras y los tipos de literatura que de los sucesos biográficos o históricos que circundan a los autores, más de acuerdo con los estudios literarios contemporáneos.

Rodrigo Miró, al igual que Toruño, es acentuadamente liberal en su obra llamada *La Literatura Panameña. Origen y Proceso* (1970). Enfatiza la situación geopolítica de Panamá para explicar los procesos estéticos y considera que la historia avanza hacia un perfeccionamiento continuo. Además se muestra muy sensible a las contradicciones de la identidad nacional en Panamá. Sin embargo, al igual que sus colegas centroamericanos, despolitiza el presente de manera enfática, al mirarlo mayormente como la consolidación republicana desprovista de conflictos. Miró entiende la historiografía literaria como parte de la afirmación discursiva de la identidad nacional.

Siguiendo las ideas estéticas del romanticismo, da prioridad a los datos biográficos de los autores ordenados de acuerdo con jerarquías de calidad y mencionando sus obras. En el caso de Miró, la observación de estos procedimientos aproxima su obra al diccionario de autores.

Albuzúrez y Barrios practican en *Historia de la Literatura Guatemalteca* (1981-1982-1986) el eclecticismo entre las ideas liberales y algunas, aunque escasas, posiciones originadas en paradigmas ideológicos propios de los siglos XIX y XX. A pesar de considerar la existencia de la literatura precolombina e indígena oral contemporánea, las excluyen del campo de lo auténticamente literario, al modo de los conservadores. Al igual que Miró, Bonilla, Martínez y Toruño analizan "las letras femeninas" con criterios estereotipados. Sin embargo, estos autores operan con una noción de literatura mestiza propia de los liberales.

La consideración de la crítica y su interpolación (muchas veces inesperada) de la misma es uno de los rasgos más contemporáneos, junto al tratamiento de las instituciones literarias y su papel en la producción de obras. Pero prevalece la metodología romántica que privilegia al escritor y su biografía.

José Francisco Martínez en *Literatura Hondureña y su Proceso Generacional* (1987) reivindica un exaltado sentimiento liberal que corresponde con su búsqueda de la cultura maya. En sus ideas estéticas es típicamente romántico: la historia literaria está constituida por la vida de los autores y sus obras, narradas de manera anecdótica. Prescinde de análisis críticos de los textos. Su historia es una especie de gran catálogo inorgánico de escritores reunidos por generaciones y movimientos estéticos. Pierde las coordenadas histórico-políticas en el presente y recurre a explicaciones estéticas que consideran los procesos internos como adecuaciones de los movimientos europeos.

B. El concepto de literatura

En toda historia literaria subyacen una o varias teorías sobre lo literario, además de las teorías, métodos y técnicas propios de la historia como disciplina. Cada teoría literaria asume un concepto de literatura cuya vigencia, como es sabido hoy, es relativa a cada cultura y a cada época.

Un examen detenido de los historiadores de las literaturas nacionales en Centroamérica nos arroja por lo menos dos posiciones definidas sobre el concepto de literatura y una tercera intermedia. En la idea más amplia de literatura, que la equipara a la producción escrita según la perspectiva de origen renacentista, se encuentran Toruño, Bonilla y Martínez. Por su parte, Arellano sostiene un concepto correspondiente a "discurso de pretensión artística," es decir, la noción de literatura más restringida. Esta delimitación le permite identificar esferas especializadas de la producción literaria (culto y popular). En cuanto a Albizúrez y Barrios, se aproximan más a la concepción restringida de literatura, pero admiten el periodismo, sobre todo en carácter de órgano difusor de lo literario.

La introducción de apartados especiales destinados a la producción literaria de las mujeres es común a las historias literarias del corpus. En

general, es una tendencia que se aprecia en otras disciplinas como consecuencia de las reivindicaciones feministas después de la II Guerra Mundial. Este procedimiento tiene doble filo: es una primera trinchera que se logra en la historia cultural de las mujeres, pero por la índole de su presencia en el texto (reducidas a pequeños espacios finales y sucintos) termina siendo una muestra más del precario reconocimiento al trabajo femenino por parte de la cultura patriarcal.

Se ha señalado en otros lugares de este estudio que la inclusión de la literatura precolombina en nuestras historias literarias se halla en estrecha relación con la perspectiva liberal, reñida con el período colonial y admiradora del mundo anterior a Colón. Empero, este gesto no supone ir más allá de las fronteras eurocéntricas de lo escrito para identificar lo literario con el ámbito de lo imaginario oral.

Está ausente en las historias literarias centroamericanas la idea más actual que concibe la literatura como un discurso más entre otros tantos, por esta razón, desprovista del halo de sacralidad que había obtenido del romanticismo. Esta nueva definición de literatura tiene importantes consecuencias metodológicas para los estudios literarios, en cuanto se abandona paulatinamente la visión inmanentista para detener la observación en los nexos, relaciones, intercambios y contaminaciones entre el discurso literario y el universo general de los discursos propios de una sociedad concreta.

C. El Tratamiento de los géneros literarios

Como es sabido, el tratamiento de los géneros literarios se halla en estrecha relación con las concepciones de literatura que sirven de base a cada historia literaria y, a su vez, estas delimitaciones son relativas a lo que cada comunidad cultural y época acepte como perteneciente a este ámbito. Esto supone que, el conjunto de los géneros literarios varía históricamente.

La evidencia de la variabilidad socio-histórica y formal de los géneros y su función mediadora entre la historia social y la historia literaria, según afirma Bakhtine, no se encuentra en los compendios de literatura centroamericana estudiados. En su lugar, hay una tendencia a la aceptación de las clasificaciones genéricas tradicionales vistas como fenómenos

naturales. Prevalece un tratamiento cerrado de los géneros (cuento, novela, drama, ensayo y poesía básicamente) que excluye los géneros "no ficcionales" como la biografía, la autobiografía, el diario íntimo, las memorias, los testimonios. Igualmente, esta percepción se orienta a excluir la amplia gama de los géneros de la literatura oral popular, o literatura étnica contemporánea, y al delimitación de los géneros precolombinos. Por lo tanto, existe una tensión conflictiva entre la concepción amplia de literatura que la equipara a producción intelectual escrita (en los casos de Toruño, Bonilla y Martínez) y al uso implícito de un número restringido de géneros literarios. En el caso de Martínez, el concepto de literatura como producción escrita guarda mayor coherencia puesto que, entre los géneros que reconoce, incluye testamentos, discursos, proclamas políticas, literatura de ficción, poesía, ensayo e historia. Miró y Bonilla, sin tener una reflexión directa sobre la variedad literaria, tienden a considerar un espectro genérico más amplio, sobre todo para el siglo XIX, que hace especial énfasis en el periodismo y el derecho, vista la función que cumplen estos discursos en la formación de los estados nacionales. En la historia que escribe Miró, su explícita declaración de que cada época produce géneros particulares lo lleva también a identificar una literatura burocrática colonial y a incorporar el discurso crítico como tipo literario. El concepto restringido de literatura en el caso de Albizúrez parece derivarse de la influencia indirecta, quizá no consciente, del formalismo y el estructuralismo, tan en boga en la región centroamericana durante los años setenta y ochenta. La preponderancia de esta concepción inmanentista, unida a la supervivencia de las clasificaciones genéricas tradicionales, hace que Albizúrez y Barrios opten por no asumir el estudio de las series de literaturas orales contemporáneas en lenguas indígenas.

Todos los autores incluyen los géneros llamados clásicos, esto es, los correspondientes en la actualidad a la lírica, la épica y la dramática. Todos ellos también aceptan la crónica histórica de los conquistadores como parte de la tradición literaria centroamericana, al modo de Pedro Henríquez Ureña en su historia *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Los estudiosos de ideología liberal y Arellano, reivindican el pasado literario precolombino y sus géneros característicos.

Los géneros literarios que corresponden a la colonia reciben clasificaciones diversas. Solamente Arellano, especializa su reflexión sobre la época colonial, lo que le permite deslindar las esferas culta y popular y detenerse en esta última, dada su importancia en el período. Ninguno de ellos mantiene esta distinción para el presente de la literatura de la región. Por lo tanto, los géneros populares que menciona Arellano no tienen lugar en las historias oficiales de las letras centroamericanas. La inclusión del periodismo como género literario es visible en Martínez, Bonilla y Toruño, mientras que Albizúrez y Barrios diferencian entre el periodismo y la literatura y se dedican a observar el papel de difusores literarios que cumplen algunos periódicos en los siglos XIX y XX. Miró destaca la función de los periódicos respecto al reconocimiento y difusión de la producción literaria en su calidad de instituciones que apoyan lo literario.

Dado que la actividad literaria se va especializando, también el concepto de literatura se delimita para aplicarse a la poesía, la ficción (narrativa y teatro) y el ensayo, sobre todo el literario y crítico.

D. Procedimientos para la selección de autores y obras

Toruño en *Desarrollo literario de El Salvador* trabaja con criterios jerárquicos bien definidos. Menciona a los autores que considera de mayor reconocimiento y prestigio (escritores "mayores"), en algunos capítulos incluye lo que llama "voces o perfiles femeninos" y al final de sus exposiciones menciona a "otros escritores" (los menos conocidos y publicados). Igualmente, clasifica sus obras en busca de las mejores en los géneros literarios más productivos. De este modo, opera el paradigma estético romántico que distingue el genio creador de los autores secundarios.

Abelardo Bonilla en su *Historia de la Literatura Costarricense*, antes de 1900 se ocupa aisladamente de las personalidades literarias en el marco de las corrientes políticas y filosóficas vigentes en cada etapa. El procedimiento usual consistió en destacar una figura y referirse someramente a otros escritores.

Después de esa época, Bonilla agrupa a los autores en dos corrientes básicas: la nacionalista y la universalista (cosmopolita); para examinar la literatura clasifica a los autores según escuelas estéticas (costumbrismo,

realismo, modernismo) o por los géneros y los tipos literarios que cultivan, distinguiendo siempre a los autores cumbres de los menores.

Jorge Eduardo Arellano en *Parorama de la Literatura Nicaragüense*, igual que otros críticos de Nicaragua, divide la evolución de las letras del país en dos grandes épocas: antes y después de Rubén Darío.

Considera que antes de Darío no existían grandes escritores, sino autores y obras aisladas que no formaban una tradición. Al igual que Toruño, Arellano reivindica el pasado precolombino pero enfatiza el momento colonial. Se interesa más por los tipos literarios (la literatura popular, la poesía callejera, por ejemplo) que por las personalidades individuales de los autores y da un espacio mayor al comentario de las obras. El interés de Arellano por la teoría del origen mestizo de las letras nicaragüenses y su contacto con la Vanguardia poética de 1927 hacen que estudie, además de las manifestaciones hispánicas, el pasado y el presente de las literaturas indígenas en Nicaragua. A pesar de que intenta también distinguir a los escritores más reconocidos, no es ése su interés fundamental, así como tampoco se detiene en el recuento biográfico. En este sentido, siendo éste el análisis más explícitamente conservador en el terreno ideológico, desde el punto de vista metodológico y técnico abandona con mayor coherencia los postulados estéticos románticos para orientarse hacia apreciaciones socioestéticas y formales de lo literario en una actitud más contemporánea.

Ricardo Miró en *La literatura panameña...* es enfáticamente biografista. Su presentación de cada personalidad abunda en datos de la vida pública y privada de cada uno de los autores. Dentro de estos relatos alude a las obras, sin entrar en análisis literarios. Procura ser exhaustivo en la catalogación de los autores en cada período.

En Miró las presentaciones de los autores se suceden unas a otras, a veces con interpolaciones que contienen comentarios historiográficos. No hay un esfuerzo por establecer relaciones entre los autores y entre las obras mismas.

Albizúrez y Barrios, al igual que Toruño y Miró, estudian la literatura precolombina y colonial como sucesión de autores individuales. Para la consideración del siglo XX, coinciden con José Francisco Martínez en

agrupar los escritores en generaciones y grupos, así como de acuerdo con los géneros donde más se destacan. Además, toman en cuenta las fechas de publicación de las obras para organizar grupos de autores. De algunos escritores aportan un detallado informe bio-bibliográfico. Distinguen a veces, dentro de cada tendencia estética, el género literario o la generación más destacados, "los casos aparte" y "otros autores," igualmente incluyen en ocasiones apartados especiales para grupos específicos, por ejemplo, de autoras guatemaltecas. Si bien se utiliza el método biográfico, el énfasis está en los datos intelectuales y literarios combinados con la abundante información crítica sobre las obras.

Los distintos recursos metodológicos (biografismo, documentación bibliográfica, inclusión de la crítica, citas literarias textuales, y los problemas propios de la doble autoría) encuentran dificultades para integrarse armoniosamente en este estudio histórico. La enfática opción por un tratamiento inmanente de la literatura deja el compendio bastante ayuno de las necesarias relaciones con la vida social, política y económica de Guatemala.

José Francisco Martínez en *La Literatura Hondureña y su Proceso Generacional* reúne los autores en grupos de coetáneos a partir de fines del siglo XIX. Al estudiar la literatura precolombina y colonial opera como el resto de los historiadores de las letras en Centroamérica: los presenta en calidad de personalidades individuales. Trata los autores según el método biográfico, subrayando la participación política de algunos de ellos. Incluye a menudo numerosos datos bibliográficos y extractos de textos literarios, a veces muy largos. Además el tratamiento que Martínez otorga a los autores no corresponde con el lugar que la crítica les ha asignado. Tal caso se presenta, por ejemplo, en el escaso espacio dedicado a Clementina Suárez o Julio Escoto.

En síntesis, los historiadores de la literatura centroamericana adoptan criterios no siempre explícitos, a menudo poco evidentes y de difícil detección al seleccionar los autores y las obras propias de las diversas literaturas nacionales. En muchos casos, la distinción entre autores mayores y menores ocurre sin que se den previamente las bases de este orden selectivo. En algunos casos, parecen incidir en esta selección, las

circunstancias personales del historiador: por ejemplo, Toruño incluye un largo apéndice sobre profesores visitantes y radicados en El Salvador, categoría a la que él pertenece; Martínez declara la generación del 35, en la que él mismo se incluye, como la más brillante en la vida literaria hondureña del siglo XX.

La hasta ahora reducida circulación de los libros en América Central y la escasez de acervos completos limita las posibilidades de la selección. Sobre todo en el caso de las antologías, fuentes inevitables para las historias literarias, es notorio el carácter arbitrario de la selección de los autores y las obras que en la mayoría de los casos, parece que se apoya en el uso de bibliotecas particulares y en los contactos personales del antologador. El resultado es que se eleva a la categoría de autores consagrados a escritores poco conocidos en sus medios o se cometen flagrantes omisiones y anacronismos.

E. La periodización

Uno de los problemas centrales del discurso histórico es la demarcación de cortes temporales. Para la historia tradicional, la tarea consiste en darle seguimiento al trascurso lineal de los sucesos, de manera que se evidencia un principio y un final. Algo que a simple vista parece sencillo, en realidad resulta muy complejo. Al contrario de lo que sucede con la narración del cuentacuentos, el historiador tiene ante sí series entrecruzadas de hechos, un universo similar a una red o telaraña a la que él debe dar sentido progresivo y coherencia. Para ello, se han seguido varios métodos. Uno muy común ha sido fijar el comienzo y el final de las épocas según la aparición o muerte de personalidades cumbres del orden político o religioso, al modo romántico. Otro, la demarcación según efemérides y, en ocasiones, de acuerdo con los acontecimientos del mundo natural.

La historia literaria tiene sus personalidades destacadas en los escritores y la aparición de las obras reviste el carácter de suceso relevante. De esta forma, los datos biobibliográficos vienen a ser el soporte de la periodización.

Por otra parte, hay que tener presente que la disciplina histórica nace bajo los influjos ideológicos del romanticismo. La fuerte tendencia

individualista de esta concepción, así como su gusto por las figuras heroicas aisladas y el mito del genio hacen que los escritores aparezcan revestidos de sacralidad y sigularidad, del mismo modo que sus semejantes de otros campos artísticos.

Historiar el arte y, en su marco, la literatura resulta así la auscultación de un campo, si no separado, por lo menos distinguido de la vida común, en el que los sucesos biográficos deciden el ritmo de las progresiones.

En América Latina, según ha analizado Beatriz González en *La historiografía literaria del liberalismo en Hispanoamérica*, las historias literarias aparecen, como en Europa, al calor de la configuración de los nacionalismos políticos y, por lo tanto, marcadas por las necesidades del Estado y por las dos ideologías más relevantes de la época: la liberal y la conservadora. Igualmente, González demuestra en su obra que los cortes temporales se efectúan de manera ligeramente distinta según el historiador le imprima una u otra óptica política.

Con todo este conocimiento a nuestro haber, la evaluación de las historias literarias de América Central en el siglo XX nos permite concluir que en lo que corresponde al abordaje del amplio segmento anterior al siglo XX, las historias operan con las formas características de la periodización literaria del siglo XIX: se ajustan a las etapas fijadas por la historiografía política, aunque con variantes.

Los liberales se interesan por el período precolombino y enfatizan el momento de la independencia. El caso más paradigmático es el de Juan Felipe Toruño, quien incluso observa los micro-momentos que preceden y siguen a la independencia; Albizúrez y Barrios y José Francisco Martínez, siguen esta modalidad.

Por su parte, los conservadores parten del período colonial, aunque como Abelardo Bonilla en Costa Rica, la documentación que existía sobre ese período fuera, en el momento en que escribe su historia literaria, escasa y fragmentaria. Jorge Eduardo Arellano dedica su estudio al período colonial (De Colón a finales de la colonia) precisamente.

Rodrigo Miró, al modo de los conservadores, parte de la conquista para darle carácter de momento inaugural de la historia panameña y siguiendo la historia política del país, reclama los nexos culturales con

América del Sur. Su observación divide la vida colonial en dos momentos: de la conquista a la colonia (1502-1821) y de la colonia a la república (1821-1903).

José Francisco Martínez define la existencia de un momento precolombino (al que mira bajo la influencia de los mayas); reconoce de manera rápida la existencia de un período colonial, para detenerse en lo que llama "La Independencia y los años subsiguientes: 1821-1899."

Los criterios varían, difieren y se mezclan confusamente cuando se ingresa al siglo XX. En la gran mayoría de las historias literarias de Centroamérica, la periodización del siglo XX abandona las coordenadas políticas y se asienta sobre parámetros estilísticos o en la vigencia de movimientos estéticos. Ese salto ocurre, por cierto, sin ninguna excusa o exposición de razones previas. Esta coincidencia parece indicar que hay un acuerdo tácito que permite politizar el pasado y obliga a despolitizar el presente.

Para ilustrar la tendencia señalada, veamos cómo procede cada autor. Toruño al dejar el momento que llama de post-independencia, ve llegar el romanticismo, el premodernismo, el modernismo, las tendencias ultramodernas y la vanguardia. Además, combina la periodización que se ajusta a la vigencia de las corrientes estéticas con la delimitación de generaciones literarias, según dice este autor, de acuerdo con las teorías de Julius Petersen y Ortega y Gasset.

Abelardo Bonilla emplea un método más simple. Divide la literatura del siglo XX en dos períodos: época realista (1900-1930) y época contemporánea, donde comprende la literatura que se produce desde la década de 1940 hasta el presente en que escribe la historia. Según puede desprenderse, hay aquí mezcla de dos criterios: el estilístico (época realista) y el corte temporal directo, pero esta vez bajo una nomenclatura neutra e indefinida (la contemporaneidad).

Miró examina el presente bajo la euforia mítica de la ideología nacionalista: entre 1903 y 1970 se desarrollan las "letras republicanas." Este autor mezcla ese modo de realizar el corte temporal con el reconocimiento de generaciones, aunque únicamente en el campo de la poesía y sobre todo a partir de 1892.

Albizúrez y Barrios muestran de manera palpable este cambio de apoyaturas para la periodización pues, en su primer tomo de *Historia de la literatura Guatemalteca*, usan los períodos de la historiografía política; en el segundo tomo dedicado al intervalo que va de 1900 a 1920, operan con los criterios estilísticos (este el un momento "modernista") y generacional (existencia de dos generaciones). En el tomo III, abandonan la delimitación estilística para dar mayor relevancia a las generaciones.

En José Francisco Martínez encontramos todos los criterios anteriores implicados, aunque de manera poco coherente: movimientos estéticos, generaciones y visión del presente bajo la etiqueta, útil para cualquier cosa, de "lo contemporáneo" o "panorama actual" componen un universo poco inteligible.

Tanto la delimitación según emergencia y declinación de tendencias estéticas, como la demarcación de generaciones presentan problemas a nuestros historiadores de la literatura. Señalar períodos de vigencia de estilos encuentra varios inconvenientes; el primero, los estilos, por lo general de origen cosmopolita, llegan con retraso a la región y, a veces, de manera simultánea, aunque hayan tenido nacimientos distantes en sus sitios de origen. En segundo lugar, las tendencias estéticas no afectan siempre la producción en todos los distintos géneros; este hecho deja fuera de foco fenómenos importantes si sólo se emplea esta perspectiva. El tercero, la aparición de tendencias estéticas autóctonas, las que para el historiador que carece de detectores, pueden pasar desapercibidas.

En cuanto al señalamiento de generaciones, si bien la mayoría de los historiadores aquí estudiados (todos, salvo Arellano y Bonilla) se proponen identificarlas, los criterios para distinguir las suelen ser diferentes. Varios de ellos, aunque confiesen su filiación en Petersen y Ortega y Gasset, terminan usando el simple criterio de coetaneidad de los autores. Otras veces se habla de generación para comprender en ella a los autores que escriben dentro de una tendencia estética determinada ("generación modernista") o un grupo cuyas obras aparecen en fechas aproximadas (generación de 1940 en Costa Rica, por ejemplo).

Otras veces se identifica una generación en torno a hechos políticos específicos (así en Guatemala, el grupo de 1940-1951) o alrededor de grupos

literarios y otras instituciones, tales como tertulias, revistas, concursos, etc., en ocasiones relacionados, a su vez, con movimientos estéticos. La preeminencia de determinadas instituciones literarias o culturales puede convertirse, sobre todo en historiadores especialmente sensibles a su presencia, en fronteras que marcan períodos donde destacan ciertos autores. Toruño, Albizúrez y Barrios y Miró tienen el especial cuidado de mencionarlas y estudiar su impacto, aunque al carecer de los basamentos teóricos de hoy sobre el papel de las instituciones en el campo literario, no siempre logran articular conclusiones adecuadas.

En síntesis, la heterogeneidad de criterios para organizar los períodos literarios en el siglo XX puede deberse a:

- a.- La necesidad que experimentan, tanto conservadores como liberales, de presentar una imagen despolitizada del momento en que triunfa la ideología liberal, ambos convertidos en grupos aliados ante el socialismo, que fue la ideología antagonista en la mayor parte del siglo XX.
- b.- En ausencia de coordenadas socio-históricas y bajo el influjo de la estilística y de otras corrientes inmanentistas del estudio literario, se muestra la preferencia por una periodización apoyada en el auge y reflujo de los movimientos estéticos.
- c.- El aislacionismo nacionalista de los estudios literarios mismos que poco llegan a compartir su instrumental, premisas y resultados; cada estudio es un hecho aislado que ignora la experiencia acumulada, tanto como los logros de sus coetáneos en América Latina y el mundo.
- d.- El refugio de los estudios primero en experiencias formalistas y estructurales, cuyo interés fundamental estribó en renovar y multiplicar el arsenal de técnicas de análisis formal de lo literario, y luego en el post-estructuralismo, crítico de sus antecesores y en muchos casos desertor del campo específicamente literario para dedicarse a la reflexión transdisciplinaria.

Para los primeros, la historia no tenía lugar en los estudios literarios. Para los segundos, toda historia es objeto de sospecha y parodia, aunque las reflexiones desprendidas de los hallazgos bajtinianos tenían amplia

conciencia de la historicidad de las formas literarias. Por su parte, las investigaciones de la escuela de Lukács, aunque recesiva en los estudios literarios, había ya generado un vasto campo de análisis sociohistórico cuyo influjo sobre los estudiosos latinoamericanos se manifiesta con mayor fuerza a partir de los años setenta. Sin embargo, en Centroamérica esta línea teórico-metodológica no tuvo ningún impacto relevante en la historiografía literaria.

En conclusión, las historias literarias en Centroamérica de 1950 al presente, vistas sus características, poco difieren de lo logrado por los maestros liberales del siglo XIX. El impacto de las tendencias inmanentes se ha visto sólo en el abandono de los cortes temporales de la historia política. Por lo demás, la historiografía literaria sigue siendo intensamente biografista. El análisis de las obras ocupa un lugar visiblemente secundario y cuando se las analiza, pocos van más allá del recuento del contenido y la ubicación de las obras en movimientos estéticos o en la tradición nacional acumulada en determinado género. En todos los casos, las historias literarias de la región parecen feudos que se dan las espaldas o se sienten islas, a veces grandiosas e inimitables y son tributarias de los mitos de la nacionalidad como en el siglo pasado. No obstante, Arellano, al usar la noción restringida de literatura logra auscultar modernadamente las distintas particularidades del discurso de pretensión artística, sobre todo cuando reconoce la existencia de esferas especializadas de producción en los campos culto y popular. En última instancia, las diversas concepciones de literatura representadas en nuestro corpus están atravesadas por criterios románticos y positivistas. Los primeros fundamentan la percepción lúdica de la literatura que asoma en los manuales, así como la visión de la literatura en tanto producto de genios individuales y manifestación del alma nacional. El legado positivista se observa en la importancia otorgada al medio geográfico y a la raza en todos los autores estudiados, excepto en Albizúrez y Barrios. Esta noción se transforma en una atención a los condicionamientos económicos en las obras de Bonilla y Miró, quizás por el influjo de las sociologías del siglo veinte.